
LA NACION COMO ATRIBUTO DEL PUEBLO

CARLOS M. VILAS

Argentino, radicado en Nicaragua desde 1980,
investigador del Centro de Investigaciones y Documentación
de la Costa Atlántica (CIDCA) en Managua.

A diferencia de lo ocurrido en Europa, en América Latina la formación del Estado precedió a la Nación. Las clases dominantes se organizaron sobre la base de la explotación de las masas populares y de la asociación subordinada al imperialismo. Clase dominante nacional fue la que pudo asegurarse la vinculación privilegiada con la potencia dominante. La nación, como atributo de la dominación social, fue así la **no-nación**, y el Estado nacional fue la institucionalización de la subordinación a la dominación internacional del capitalismo.

Las luchas por la emancipación social de las masas populares y por la liquidación de la dominación imperialista plantean en cambio un proceso de constitución de la nación a partir de esa lucha. Lo nacional es aquí una dimensión de lo popular; la soberanía nacional es un atributo de la soberanía popular. La nación se constituye a partir de la hegemonía del pueblo expresada en su vanguardia política, en el marco de un proceso de profundas transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales.

El artículo analiza esta problemática en términos teóricos en una primera parte, y en una segunda parte con atención al modo en que ella se expresa en el desarrollo de la lucha sandinista y en la etapa presente de la Revolución.

1. Clase, nación y estado

Uno de los rasgos principales de la dominación imperialista en América Latina es la asociación estrecha que ella establece entre las clases dominantes de la región y las burguesías metropolitanas.

Esta asociación es, en primer lugar, de carácter estructural. El capitalismo se desarrolló en nuestro continente más como el producto de la incorporación de América Latina al mercado internacional, que como el resultado del desarrollo endógeno de sus fuerzas productivas. Esto explica que, siendo un modo de **producción**, el capitalismo se desarrollara inicialmente en la región más en la esfera de la circulación que en la de la producción misma. La expansión mercantil del capitalismo europeo hacia América implicó la recreación de relaciones de esclavitud y de servidumbre en la esfera de la producción colonial y neocolonial, que en ciertos casos perduraron hasta tiempos relativamente recientes. Explica asimismo el mayor auge de las fracciones comerciales de las clases dominantes locales; ellas constituyeron durante toda una época el eslabón privilegiado de la cadena imperialista. Finalmente, contribuye a dar cuenta de las modalidades específicas de proletarianización de la fuerza de trabajo en la región —el mantenimiento de vínculos directos con la tierra, la preservación de fondos familiares de reproducción, etc.—.

Las actividades productivas más relevantes, vale decir orientadas hacia la exportación, estuvieron directamente a cargo de capitales extranjeros —empresas coloniales, enclaves de plantación o mineros, posteriormente filiales de corporaciones transnacionales—, o bien quedaron en manos de productores locales, pero subordinados a mecanismos de comercialización y financiamiento controlados directamente o en última instancia por el capital extranjero.

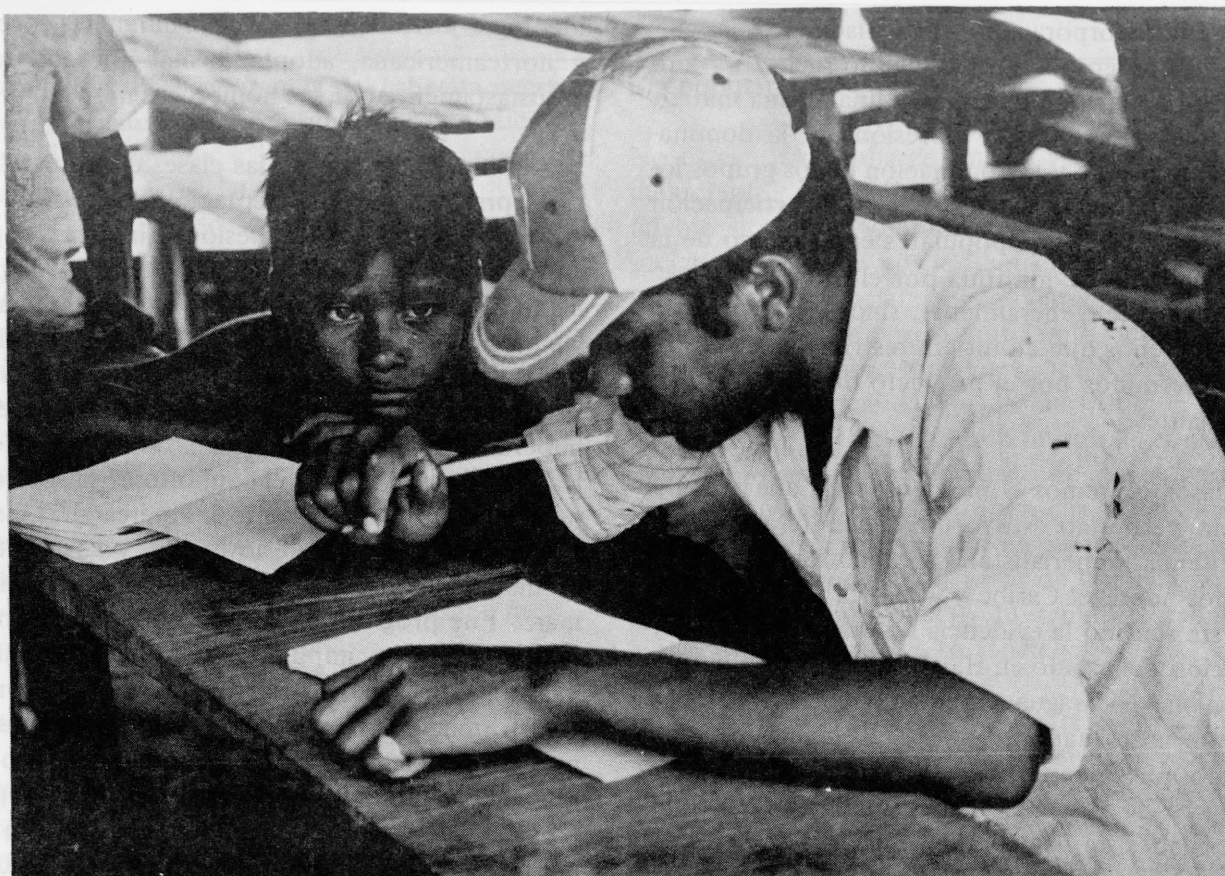
La penetración imperialista fue así la base material sobre la cual se erigió la primacía económica de ciertos grupos y fracciones dominantes locales, hasta constituirse en clase dominante. La vinculación al mercado internacional —y a las potencias rectoras en él— permitió a estas fracciones el acceso al control político de sus sociedades, subordinando a los restantes grupos regionales o locales. Clase dominante **nacional** fue así la fracción que pudo asegurarse el papel de asociado privilegiado de la dominación externa en su propia sociedad. La **nación**, como forma de la dominación política de la burguesía latinoamericana, fue en realidad la expresión institucional de la dominación **internacional**, imperialista, en la sociedad.

Ciertamente no fue éste un proceso armónico. Estuvo y está nutrido por contradicciones más o menos abiertas, más o menos solapadas, entre las diferentes fracciones de las burguesías locales respecto de las modalidades de la vinculación externa, en función de sus bases particulares de acumulación. Asimismo, las distintas etapas de la expansión imperialista generan una progresiva diferenciación y sustitución de los aliados periféricos de las burguesías centrales.

Fueron sin embargo contradicciones de alcance reducido y de naturaleza particular. La “cuestión nacional” en manos de la burguesía latinoamericana se refirió básicamente a la preservación de un ámbito exclusivo o preferencial de valorización de su propio capital. El populismo de la segunda posguerra ofrece una de las expresiones más claras de las contradicciones y las limitaciones de los procesos de enfrentamiento antiimperialista conducidos por fracciones de la burguesía latinoamericana. El nacionalismo que caracterizó a algunas de las orien-

taciones económicas e ideológicas de la burguesía populista estuvo limitado, en general, a los aspectos de la actividad extranjera que planteaban obstáculos a la expansión del mercado interno. Casi siempre dejó de lado las modalidades de expansión imperialista que se desarrollaron en el sector industrial y que se convertirían en la modalidad predominante de dominación externa a partir de la década de 1950. El antiimperialismo de la burguesía populista y de su estado consistió básicamente en una reorientación del proceso de acumulación y de la inversión extranjera, en el marco de una modernización general de la sociedad. Su meta fue la creación de modalidades nuevas de acumulación periférica del capital monopolista a las cuales la clase pudiera vincularse de alguna manera, cierta diversificación de las fuentes externas de inversión, y por lo tanto una relación de nuevo tipo entre los nuevos sectores de punta impulsados conjuntamente por el capital extranjero, las fracciones industriales de la burguesía ligadas al crecimiento del mercado interno y al estado periférico. Es indudable sin embargo que en la promoción de este proyecto sus fracciones conductoras consiguieron movilizar a amplios sectores de las masas trabajadoras y de los grupos medios urbanos, confiriéndole un carácter **nacional**, por contraste con el que articulaban las fracciones tradicionales y retardarias.

Producto de esta alianza de intereses dominantes, el estado nacional nació y se desarrolló con un vicio original. Fue soberano **hacia adentro**, esto es, como capacidad de coacción de las clases populares en primer lugar, y también respecto de las amenazas a la reproducción de grupos particulares como aliados privilegiados de la dominación externa. No fue soberano **hacia afuera**, es decir como expresión y garante de la independencia y la autonomía de la comunidad política nacional. La primacía que en última instancia adquiere la vinculación externa quita relevancia a la dimensión del estado nacional que se refiere al desarrollo de mecanismos de integración ideológica del conjunto de su población, incluidas las clases dominadas. Hubo sin duda diferencias marcadas, ligadas en general a la solidez de las bases materiales de las fracciones dominantes locales y a su mejor posición interna para negociar relaciones externas más



favorables. Pero en general, la hegemonía, y a veces hasta la política misma (como práctica de conducción y no sólo de imposición) estuvieron circunscritas fundamentalmente a las relaciones **entre** las fracciones dominantes, derivándose las relaciones con las clases subalternas al ámbito de la represión —física, institucional, o ambas—.

Fácilmente se advierte un contraste marcado entre el modo en que el proceso de constitución de la nación se desenvolvió en Europa, y la manera en que ha venido desarrollándose en nuestra América. En Europa, la conformación de las grandes naciones fue un proceso que se desarrolló fundamentalmente en el ámbito de la sociedad, al mismo tiempo que las clases modernas del capitalismo iban adquiriendo definición en su lucha recíproca y contra los remanentes del orden feudal, erigiéndose progresivamente en el referente social

fundamental de la gente. La constitución de los estados nacionales fue la plenificación de este proceso y significó la consolidación de la nación. El estado-nación es sin dudas un estado de clase en tanto que estado capitalista, pero un estado de clase que de alguna manera integra en su institucionalidad e incluso en dimensiones de su práctica, perspectivas, demandas, reivindicaciones de las clases subalternas —no como dádiva de la burguesía, sino como resultado de las luchas populares—.

La situación es distinta en América Latina. La nación se constituye desde el principio como dimensión de la dominación política, a partir de la consolidación de un poder de clase como poder de estado, pero de un estado que es, en medida muy amplia, una instancia de medición de la dominación transnacional del capital. Más que integración de las perspectivas de las masas populares —bien que subordinada— hubo marginación y represión;

antes que incorporación y articulación de las culturas de los grupos étnicos, hubo rechazo y aniquilación. La combinación, en una misma matriz, de explotación social y opresión, de la dominación imperialista y la dominación de los grupos locales, no permitió casi espacio a la participación política de las masas populares en el marco de la institucionalidad admitida por el régimen. La participación fue, generalmente, sinónimo de subversión, a menos que admitiera restringirse a los límites definidos por el proyecto de las fracciones dominantes.

En casos extremos el moldeado de los aparatos del estado periférico estuvo directamente a cargo de la potencia imperialista. La expansión de Estados Unidos sobre el Caribe y América Central ofrece en este sentido la evidencia reiterada de la **modernización** del estado en Haití, Cuba, República Dominicana, Nicaragua, directamente a cargo de la infantería de marina. Esta intervención brutal del estado norteamericano como agente del capital financiero de ese país expresó el desfase entre las necesidades de valorización del capital en escala internacional y la incapacidad de las burguesías locales para consolidar un orden político que favoreciera la expansión periférica de aquel. En estos casos la tarea del imperialismo fue doble: modeló los estados locales, constituyéndolos como protectorados de hecho, y puso a su frente a elementos burocráticos que, merced al apoyo externo habrían de transformarse a poco andar en el germen de la fracción “hegemónica” de la burguesía local.

Esta situación, como hemos dicho, extrema, contrasta con las que se configuraron en algunas sociedades de América del Sur. En éstas, el control de la propiedad del sector exportador por los grupos dominantes locales les permitió constituir una base interna de poder a partir de la cual negociar una mejor inserción en el mercado internacional e incluso lograr la primacía de algunos intereses específicos en confrontación con sus socios externos. El papel desempeñado en la situación anterior por el poder militar del imperialismo fue ejercido aquí por su poder ideológico. La modelación de los aparatos del estado, e incluso del estado mismo, fue el resultado de la aplicación de la

ideología jurídico-política de la burguesía europea y norteamericana, adoptada, más que adaptada, entusiastamente por sus homólogos nativos.

En términos ideológicos las clases dominantes locales presentaron esta aceptación de los intereses metropolitanos como adhesión a la idea del progreso, donde progreso era, naturalmente, capitalismo. Pero no ya el capitalismo concurrencial de las ascendentes burguesías que lucharon por la liquidación del régimen feudal y del absolutismo, sino un capitalismo **a la medida de las burguesías imperialistas**, al cual las clases dominantes locales, y bajo su dominio el conjunto de la sociedad, debieron amoldarse. Como las mercancías manufacturadas, el capital de inversión y la infantería de marina, también el progreso venía a través del mar. Fue progreso en consecuencia hasta donde se necesitó para impulsar el proceso transnacional de valorización del capital. La fractura y transformación de las formas preexistentes de producción —el progreso económico abogado por lo más preclaro de la intelectualidad liberal y positivista— tuvo lugar solamente en la medida en que era necesario para aquel proceso. No fue incompatible, por lo tanto, con la reproducción subordinada del atraso.

El optimismo de Marx respecto de la fuerza innovadora, revolucionaria incluso, de la penetración capitalista en la periferia —sin desconocer su enorme costo social—, dio paso en la etapa del capital monopolista y la expansión imperialista, a la evidencia de la reproducción del atraso en una única matriz de contradicciones, en la medida que ese atraso tuvo un papel que desempeñar en la valorización transnacional del capital.

La nación se recluyó así en la institucionalidad del estado y en la cultura oficial, como una especie de correlato superestructural del ámbito espacial de vigencia efectiva de la dominación de clase. Consagró la marginación política de las masas populares, proscribió la expresión y el desarrollo de la cultura popular o bien la redujo al ámbito del pintoresquismo, o de la reproducción de la subordinación social y la opresión política de sus portadores. La explotación social y la dominación política de las masas populares se expresaron como

racismo cultural: la ignorancia del **cabecita negra**, la apatía del **cholo**, etc., legitimaban su condición de **gentes de segunda** y justificaban su marginación de la política oficial.

Si la nación de la burguesía es la **forma** de la **no-nación**, las luchas populares para emanciparse de la explotación social, la opresión política y la alineación cultural implican al mismo tiempo una lucha por la constitución efectiva de la nación. La contradicción nacional es **objetivamente**, para las masas populares, una dimensión de la contradicción de clase fundamental del capitalismo. La dominación imperialista no es algo distinto o al margen de la explotación capitalista, sino esa misma explotación capitalista cuando ha alcanzado la fase superior de su desarrollo.

Más aún: las contradicciones se agudizan en América Latina —como en el conjunto del Tercer Mundo— porque el imperialismo, al mismo tiempo que fase superior del capitalismo, es históricamente la fase primera del desarrollo capitalista en la mayor parte de las formaciones sociales de la región. La secuencia histórica del capitalismo metropolitano no se repite en la periferia, sino que se acelera dramáticamente hasta conjugar en una única matriz las contradicciones que en Europa caracterizaron a etapas diferentes del capitalismo. Esto no significa simplemente la existencia de una contraposición entre un capitalismo autóctono, competitivo y hasta medio progresista, y un capitalismo extranjero, monopolista desde el inicio. La experiencia histórica del desarrollo capitalista en América Latina señala, al contrario, una temprana tendencia hacia la oligopolización de la economía, incluso por comparación con el proceso “clásico” europeo.

La lucha contra la dominación de clase es lucha por la emancipación nacional, en cuanto se dirige contra el poder de los aliados locales de la dominación externa y contra las manifestaciones directas de la presencia local del imperialismo. Democratización en su sentido más amplio, transformación social, liberación nacional, van siempre unidas en las revoluciones populares de nuestro tiempo. La nación es, ahora, atributo del pueblo; la soberanía nacional es una resultante de la sobera-

nía popular.

No es éste sin embargo un derivado mecánico o ineluctable. La nación debe ser **construída** por el pueblo sumando voluntades, y por tanto fuerzas sociales, a la lucha por la liberación nacional y la transformación social; por la democracia plena y la autonomía. Es por lo tanto un proceso difícil y complejo, y sobre todo un proceso de carácter **político**, en la medida que la constitución de la nación por el pueblo implica asimismo la constitución **como pueblo** del conjunto de clases, grupos y fracciones explotadas y oprimidas por el bloque dominante. El pueblo se constituye como **pueblo-nación**, y lo hace al calor de la lucha por la promoción de un proyecto diferente de organización y conducción de la sociedad.

En este contexto, la matriz de relaciones entre clases y nación adquiere características específicas. La nación es un atributo constitutivo del pueblo, pero el pueblo es una realidad multiforme y dinámica de una pluralidad de clases, fracciones, grupos, capas, cuya posición en las relaciones de producción puede ser muy variada; pueden incluso definirse desde afuera de las relaciones de producción. De hecho, el concepto de pueblo es un concepto eminentemente político por cuanto tiene relación con una posición adoptada en una lucha: la lucha contra el estado opresor.

La contradicción nacional no es en sí misma una contradicción de clase, ya que el campo nacional puede estar constituído por clases o fracciones opuestas pero unificadas por la subordinación que les impone el imperialismo; puede estar integrado asimismo por grupos y fracciones que no son clases, o que no se definen en términos de clase. En todo caso está claro que la contradicción fundamental del capitalismo no es en principio externa al campo nacional; sólo cuando el campo nacional es enteramente un campo obrero, proletario, se desarrolla tal relación de externalidad. Ahora bien: esto es algo que pertenece al terreno de las hipótesis menos ligadas a la realidad de nuestra América. La realidad prevaleciente es, al contrario, de una estrecha y compleja interrelación del movimiento obrero latinoamericano con el conjunto de las masas trabajadoras, y la incorporación a la lucha an-

Foto: Danilo García. Unión de Fotógrafos de Nicaragua (UFN), ASTC



tiimperialista de amplios sectores de la pequeña burguesía, capas medias e incluso, en determinadas coyunturas, elementos subordinados de ciertas fracciones de la burguesía —en la medida en que el movimiento popular haga esfuerzos por incorporarlas a cierta dimensión de la lucha nacional—.

Pero al mismo tiempo la contradicción nacional se conjuga con la contradicción fundamental, de clase, del capitalismo en la medida en que la primera es un aspecto del modo en que se desenvuelve la segunda. No agota a la contradicción de clase ni suspende la dialéctica de su movimiento. Antes bien, se subordina a ella: la dialéctica de la contradicción nacional —los términos de la oposición antiimperialista, el nivel y las modalidades de la lucha, etc.— está sobredeterminada por la lucha de clases. Y desde que la situación de clase de las fuerzas que constituyen en principio el campo na-

cional es distinta —puesto que la contradicción fundamental las emplea en campos diferentes e incluso opuestos— la profundidad y el alcance de la contradicción nacional también son diferentes.

Esto tiene por lo menos dos implicaciones. En primer lugar, que las luchas de liberación nacional, como síntesis en un único movimiento de las luchas antiimperialistas, democráticas y por transformaciones sociales en sociedades neocoloniales, derivan su alcance y profundidad, en definitiva, de la clase o fracción de clase que conduce la lucha. En este sentido resulta tan trivial y carente de sentido tildar por principio a las luchas de liberación nacional como burguesas, como tildarlas también por principio de proletarias, o pequeño burguesas, o lo que sea. Al contrario: por su propia naturaleza las luchas de liberación nacional sintetizan una pluralidad de contradicciones y convocan a un amplio espectro de fuerzas socia-

les; articulan por lo tanto una compleja matriz de enfriamientos y alianzas que pugnan entre sí por la conducción del conjunto del movimiento y, por lo tanto, su profundidad. alcances, modalidades concretas de desarrollo, métodos de lucha, etc.

En segundo lugar, implica que el triunfo de la lucha de liberación nacional —la liquidación política y militar del bloque dominante— resuelve ciertas contradicciones pero abre paso a otras: las que hacen relación al carácter de las transformaciones sociales y económicas que se imprimirán a la sociedad, es decir, a las referidas al tipo de sociedad que se esboza como proyecto político de la vanguardia, y de cuál es la fuerza social en función de cuyos intereses históricos habrá de construirse la nueva sociedad. En otros términos: si en la etapa que conduce a la conquista del poder político por el movimiento de liberación nacional la cuestión fundamental se refiere a la construcción de la hegemonía popular en las luchas democráticas, antiimperialista, ahora el tema central es el de la construcción de una hegemonía de clase en el campo nacional-popular. Proletariado, campesinado, pequeña burguesía urbana, burguesía agraria media, son fuerzas a partir de las cuales pueden ser contruídos otros tantos modelos alternativos —hipotéticos al menos— de nueva sociedad.

2. Soberanía nacional y revolución popular

La historia de Nicaragua presenta como hilo conductor una doble pauta de recurrencia: por un lado, la agresión imperialista en sus formas más brutales y la alianza de las minorías dominantes locales a esa agresión, como base de consolidación de dicha dominación. Por el otro, la progresiva constitución de la nación a partir de la lucha antiimperialista y revolucionaria de las clases populares.

El régimen liberal de José Santos Zelaya (1893-1909) representó el intento más avanzado de la burguesía nicaragüense de constituir un estado nacional moderno, con una autonomía relativa tanto de Estados Unidos como de Europa. La expansión capitalista local, derivada del auge cafetalero, chocaba con las limitaciones de un mercado interno reducido y fragmentado, la falta de inte-

gración física del territorio, la persistencia de formas de vinculación directa de los trabajadores a la tierra, el atraso general de la sociedad, la gravitación pesada del imperialismo norteamericano y la acelerada expansión de sus intereses geopolíticos.

La derrota de este proyecto por una alianza de la oposición conservadora y el gobierno de los Estados Unidos mostró la no viabilidad de las orientaciones nacionalistas y reformistas de las fracciones progresistas de la burguesía, en las condiciones específicas de la dominación imperialista en el área. A partir del tratado Clayton-Bulwer (1850), Estados Unidos inició una decidida política de afincamiento en la región, en función de su importancia geopolítica. En el medio siglo siguiente el desplazamiento de Gran Bretaña primero, y de España después, habrían de convertir al Caribe y a Centroamérica en un espacio interior de la política norteamericana. Para fines del siglo XIX la posición de Estados Unidos en el área era determinante.

En estas condiciones un proyecto interno a las clases dominantes locales difícilmente podía prevalecer. La etapa de un capitalismo autónomo, articulado de manera no subordinada a las sociedades más avanzadas de la época, estaba ya agotada, con el ingreso del capitalismo a la etapa imperialista.

A partir de la abrupta terminación de la experiencia de Zelaya se hizo explícita la alianza estrecha entre los grupos dominantes locales y el imperialismo. El proyecto de constituir una nación desapareció rápidamente de las preocupaciones e intereses de los grupos dominantes: la nación no era otra que la que había sido diseñada a partir de los intereses imperialistas. Pero al mismo tiempo el atraso general del país constituía un obstáculo a la expansión del capitalismo. La eliminación del régimen de Zelaya no resolvía sin embargo la necesidad objetiva de modernización institucional, integración territorial, etc., como condiciones para una más amplia y acelerada valorización del capital. La modernización que no pudo llevarse a cabo desde adentro habría de desarrollarse ahora desde afuera. Por lo tanto, en la medida y de la manera que fuera necesaria a los intereses geopo-

líticos y económicos del imperialismo y sus grupos locales aliados.

Lo mismo que en Cuba, República Dominicana, Haití, la invasión militar norteamericana tuvo en Nicaragua objetivos diversos pero confluyentes: 1) consolidar un bloque de poder local que actuara como contraparte del imperialismo —es decir del gobierno de los Estados Unidos y de los principales inversionistas de ese país—. En este aspecto la acción del gobierno de ocupación se dirigió básicamente a limar contradicciones intergrupales, cohesionar al bloque de poder local, etc.; 2) modernizar los aparatos del estado con el fin de ponerlos “a punto” para las tareas que el capitalismo foráneo y sus aliados internos habrían de demandar: comunicaciones, seguridad y orden público (cuerpos represivos), aduanas, política de obras públicas, etc.; 3) aplastar la oposición popular a la intervención imperialista, desarmando a los ejércitos populares, aniquilando a sus jefes y combatientes, quemando poblados; 4) impulsar, en el espacio político-institucional así creado, los intereses imperialistas en el país. A este respecto, si en el Caribe la articulación de economía y geopolítica se dio con predominio de aquella —fundamentalmente en la constitución de las modernas plantaciones cañeras—, en Nicaragua tuvo lugar con predominio de la segunda. Antes de todo, el país fue siempre, para los Estados Unidos, una estratégica reserva canalera. La importancia económica de Nicaragua radicó en su posición geográfica más que en la magnitud de las inversiones norteamericanas que se instalaron en el país.

La ocupación norteamericana es la causa de la dictadura somocista —como lo fue, en República Dominicana, de la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo—. A su turno, este sustancial apoyo externo funcionaría como el reaseguro del poder político interno —es decir sobre las restantes fracciones dominantes y sobre el conjunto de las clases populares— y como el punto de partida de un proceso de enriquecimiento y acumulación. Antes o después, las fracciones no gubernamentales de la oligarquía y la burguesía terminarían por aceptar la primacía de la dictadura.

La gesta de Augusto Sandino representa en cam-

bio la expresión más clara de la vinculación de la lucha por la soberanía nacional a las clases trabajadoras, en el marco de la práctica de la lucha armada contra el imperialismo. El sandinismo es, en primer lugar, **práctica de lucha popular antiimperialista**, y reflexión política a partir de esa práctica. Sandino plantea explícitamente el carácter popular de su lucha antiimperialista: la soberanía popular como producto de la lucha obrera y campesina. Esto no excluye el lugar que cabe en dicha lucha a los intelectuales, capas medias, etc., pero puntualiza, a partir del desenvolvimiento efectivo de la lucha, el carácter socialmente dirigente de los trabajadores en el proceso de liberación nacional. La nación se construye, en la acción y en el pensamiento de Sandino, **con las armas en la mano a partir de la soberanía del pueblo**.

Al mismo tiempo Sandino plantea claramente la vinculación de esta lucha antiimperialista, armada, popular, con la trayectoria independentista de América Latina, en una clara conciencia internacionalista. El legado histórico de Bolívar, de San Martín, se renueva en Martí y se actualiza en las guerras campesinas de la Revolución Mexicana. La lucha del pueblo trabajador de Nicaragua contra el invasor imperialista es la lucha de todo el Continente; el enemigo es el mismo.

No fue posible que Sandino visualizara el papel que para entonces desempeñaban las estructuras locales del poder en la dominación imperialista sobre Nicaragua. El diseño de esas estructuras por el imperialismo era todavía muy nuevo y en parte estaba aún en proceso. El asesinato de Sandino y la represión brutal de sus seguidores fueron, precisamente, la condición político-militar para la consolidación de esa dimensión interna de la dominación imperialista, que fue el estado somocista.

El papel decisivo del imperialismo en la constitución de la dictadura somocista y en su desenvolvimiento ulterior habría de introducir un fuerte contenido antiimperialista en el movimiento popular. Al mismo tiempo la complejidad de los grupos dominantes locales con la dominación externa y con la dictadura, y las buenas relaciones que mantuvo con aquella y con ésta hasta bien entrada la década de 1970, dotaron de un componente cla-

sista a las luchas populares contra la dictadura.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional pudo así actuar sobre un terreno fértil para su práctica revolucionaria. Para amplios sectores del pueblo el FSLN era la continuación, con métodos, estrategias y enfoque renovados, de una guerra contra la agresión imperialista y la opresión dictatorial que databa por lo menos desde principios de siglo. Por lo menos, desde el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Augusto Sandino, existen muchos testimonios que revelan que para muchos viejos campesinos que de alguna manera participaron de aquella lucha y sobrevivieron a la represión, los combatientes guerrilleros del FSLN eran en realidad los combatientes de Sandino que finalmente volvían. (1)

La conciencia nacional del pueblo nicaragüense siempre estuvo nutrida por componentes antiimperialistas y antidictatoriales, surgidos de su propia historia y recuperados por sus intelectuales más representativos y sus dirigentes más auténticos. El clamor antiimperialista de la prosa y la poética de Darío continuó en la gesta de Zeledón; el nacionalismo popular se conjugó en la lucha de Augusto Sandino con un claro antiimperialismo y con el reconocimiento del liderazgo social de los trabajadores; y, en todo momento, la necesidad y legitimidad de la lucha armada: **La soberanía de un pueblo no se discute: se defiende con las armas en la mano.**

El FSLN recogió estos elementos de la conciencia popular y asentó en ellos su estrategia revolucionaria. Implantó el sentido de su lucha en profundas raíces de la historia popular, enfatizando como cuestión central la continuidad de las luchas populares contra la dictadura y el imperialismo: la defensa de la soberanía nacional como dimensión central de la cultura popular. (2)

La victoria contra la dictadura somocista significó la liquidación de la condición política para la dominación imperialista en Nicaragua. Fue, por lo tanto, la recuperación de la soberanía nacional como dimensión del triunfo de la soberanía popular, en el marco de una lucha político-militar de dos décadas conducida por el FSLN. La nación se al-

zaba soberana con la victoria de la revolución popular. La íntima articulación entre sandinismo y nación aparece claramente explicitada en las siguientes palabras de un dirigente de la revolución:

"Honor y gloria para estos hijos de nuestro pueblo cubiertos hoy con la respetada y heroica bandera roja y negra del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Por la misma bandera que rescató el derecho a izar la bandera azul y blanco de la Patria, que alguna vez fue vendida por los traidores a su pueblo. La bandera azul y blanco, defendida por la bandera roja y negra, hoy ondean seguras de sí mismas y con el legítimo orgullo en medio de este violento renacer, de himnos y gritos de combate, de un pueblo generoso y heroico que por fin se adueñó del sol, de la lluvia y de la tierra, donde están enterrados los huesos de sus héroes y mártires queridos." (3)

La soberanía nacional se constituye en el ámbito de la soberanía popular victoriosa en la Revolución Sandinista.

3. Nación y clase en la lucha del FSLN

La lucha del FSLN puede ser enfocada desde múltiples perspectivas, como toda lucha revolucionaria. Para los fines de esta exposición es importante destacar la férrea decisión de sumar y unificar el más amplio espectro de fuerzas sociales, planteando como antagonismo principal el enfrentamiento a la dictadura. Al mismo tiempo, el modo en que el FSLN condujo la lucha contra la dictadura determinó que el derrocamiento de ésta por las armas populares fuera encarado como un proceso más amplio de profundas transformaciones sociales.

Por su origen histórico, el estado somocista era el producto de las invasiones militares norteamericanas que asolaron Nicaragua entre 1909 y 1933. Su destrucción por un movimiento revolucionario armado implicaba sin dudas la tarea democrática de construir un poder de nuevo tipo, de amplia base popular; pero además apuntaba a la eliminación del eslabón institucional que expresaba y re-



producía la dominación externa sobre la sociedad. Planteaba también la posibilidad de encarar un proceso de desarrollo socioeconómico sobre la base de nuevas formas de producción y de organización social, en la medida en que el atraso, la miseria, el primitivismo productivo, la explotación de las masas, eran los rasgos definitorios de un capitalismo que se había desarrollado como resultado de la incorporación subordinada de la economía local al mercado internacional, y que tenía en el estado somocista su instancia política de reproducción.

De esta manera la estrategia sandinista hizo posible que la contradicción fundamental del capitalismo se expresara en los términos de un enfrentamiento pueblo-nación vs. dictadura-imperialismo. Esto permitió a su vez sumar al campo nacional-popular a amplios sectores de la sociedad que tenían una situación de clase distinta en términos

de la contradicción fundamental, pero unificados por sus contradicciones con la dictadura —vale decir, con el enemigo principal—.

No fue un proceso fácil ni breve. En la medida en que la lucha del FSLN señalaba la hegemonía popular en el enfrentamiento a la dictadura, la incorporación de elementos **nacionales** de la burguesía —es decir, reformistas, democráticos— implicaba hacerlos **saltar** el clivaje de clase —con un fuerte costo en términos políticos e ideológicos—. Implicaba, para estos elementos, subirse al carro de los pobres, los menesterosos, los subversivos, los que nunca habían contado en la política oficial —salvo, eventualmente, como masa de maniobra y carne de escarmiento—, y que ahora además tenían las riendas. Y al mismo tiempo implicaba para el FSLN plantear una alternativa a la iniciativa del gobierno norteamericano de formar su propio bloque no-somocista marginando el predominio de

las clases populares y desconociendo la conducción sandinista.

La unidad nacional postulada por el FSLN era, en primer lugar, unidad popular. La convocatoria sandinista se dirigió ante todo a los trabajadores del campo y la ciudad —obreros, campesinos, semi-proletarios, trabajadores no asalariados—, al movimiento estudiantil, a los intelectuales y profesionales honestos, a las mujeres, a los pobladores de barrios precarios. Posteriormente se dirigirá asimismo a elementos patrióticos y honestos de las clases medias, incluso a algunos elementos de la burguesía opuestos a la dictadura, y a algunos gobiernos y a fuerzas políticas internacionales. La creación del Movimiento Pueblo Unido (MPU) y posteriormente del Frente Patriótico Nacional (FPN) marcan otros tantos momentos en el proceso de dar expresión organizativa a esta política de unidad nacional en torno a la unidad popular, en el marco del ascenso combativo de la lucha revolucionaria.

La estrategia del FSLN puso de relieve la carencia de opciones políticas de la burguesía nicaragüense: débil frente al estado somocista —al que nunca cuestionó sustancialmente—, huérfana de expresiones políticas propias, dependiente del auxilio que pudiera obtener de la Casa Blanca. También puso al descubierto el compromiso de Estados Unidos con la dictadura hasta el momento mismo en que ésta se hizo insalvable. El fracaso de la mediación conjunta de Estados Unidos, República Dominicana y Guatemala primero (fines de 1978), de la iniciativa de la OEA (principios de 1979), y finalmente de la misión especial del embajador Bowdler, marcan otras tantas derrotas de la diplomacia de Washington para desprenderse de un aliado cuya caída, tal como la impulsaba la lucha sandinista, amenazaba con ir más allá de un cambio de personas en el ejercicio del gobierno.

La aproximación de la burguesía no somocista al gobierno de los Estados Unidos demuestra que las afirmaciones sobre el involucramiento original y permanente de éste con el régimen somocista no eran simplemente una interpretación subjetiva de la historia por parte de grupos radicalizados, o una mera consigna del FSLN, sino que apuntaban

a un elemento central de la realidad nicaragüense. Este elemento no era desconocido por la propia burguesía no somocista, que como clase pudo participar de algunos de los beneficios del sistema de poder que Estados Unidos contribuyó tan decisivamente a estructurar —sin perjuicio de la subordinación que debían aceptar respecto del grupo Somoza, como costo de aquellos beneficios—.

Por otro lado, las negociaciones de estas fracciones de la burguesía con Estados Unidos permiten afirmar que la oposición que emanaba de ellas era de naturaleza en definitiva **interna** al sistema de dominación establecido en Nicaragua medio siglo antes por los propios Estados Unidos. El aval otorgado por el gobierno norteamericano constituía el denominador común de todas las formas y proyectos de la dominación política burguesa en Nicaragua: ni el somocismo, ni este tipo de antisomocismo, se concebían a sí mismos como viables sin el apoyo que pudieran obtener de los Estados Unidos. La defensa de la soberanía nacional, la liberación de toda forma de dominación externa, aparecían una vez más en la historia de Nicaragua como patrimonio de la lucha revolucionaria de su pueblo.

Se desarrolló de esta manera una acerba competencia entre Somoza y la burguesía antisomocista por retener o ganar el apoyo norteamericano y privar de él a su contrincante. En uno y otro caso, era una competencia alimentada por el temor hacia el programa de transformaciones sociales profundas postulado por el FSLN y, fundamentalmente, por su estrategia de poder popular armado. Somoza trató de reclamar para sí, una vez más, el papel de campeón del anticomunismo, denunciando la complicidad de sus enemigos de la burguesía con el FSLN. Pero este argumento, que había sido exitoso en tiempos de la guerra fría, resultaba poco útil en la era de la **détente** y ante una administración demócrata que no suscribía la óptica revolucionaria del FSLN pero que no podía ignorar hasta qué punto la argumentación anticomunista era una simple justificación para mantener a Somoza en el poder. Por su lado la burguesía no somocista trataba de erigirse en alternativa no revolucionaria al régimen, pero sin planear el desmantelamiento total del mismo —en

particular, la Guardia Nacional—.

La alianza que la burguesía no somocista trataba de establecer con la embajada norteamericana debía competir también, y sobre todo, con la lucha revolucionaria del FSLN y su oposición frontal al régimen somocista. Una lucha que combinaba, para entonces, la acción insurreccional de masas, la organización popular, la guerrilla rural, el combate militar convencional, la diplomacia internacional, y la apertura hacia todos los sectores, clases y fuerzas opuestas al somocismo a partir de un programa sin claudicaciones. En estas condiciones la burguesía nicaragüense —clase de reciente origen, débil frente a un estado del cual había venido beneficiándose hasta poco tiempo antes, sin experiencia política autónoma— no podía presentarse ante los campesinos, los obreros, los estudiantes, los sin trabajo, los pobres del campo y la ciudad, es decir la enorme mayoría del país, como una alternativa real al FSLN.

Adormecidas por la fantasía de la omnipotencia imperial norteamericana; hipotecadas a una estrategia de salones y de recámaras; carentes de un proyecto de alcance general, las clases adineradas de Nicaragua no estaban en condiciones de entender que lo que estaba en juego era mucho más que un hombre y un nombre en el gobierno. Y cuando lo entendieron, su propia subordinación al estado somocista, que nutrió sus contradicciones con él, se encargó de restarles posibilidades de acción.

El FSLN supo unir en torno a su conducción de la lucha contra la dictadura a todas las fuerzas explotadas y oprimidas por ella, englobando por lo tanto a las fracciones de la burguesía local que se oponían al somocismo a causa de su monopolio del poder político, el favoritismo, la corrupción, la represión generalizada, etc. La contradicción somocismo/antisomocismo, que sintetizaba el contenido profundamente democrático de la lucha contra la dictadura, pudo expresarse y procesarse así como contradicción somocismo/sandinismo. Esta era, en primer lugar, una contradicción política. Pero era más que eso: era la forma de presentarse la articulación de la contradicción nacional y la contradicción de clase, en la medida en

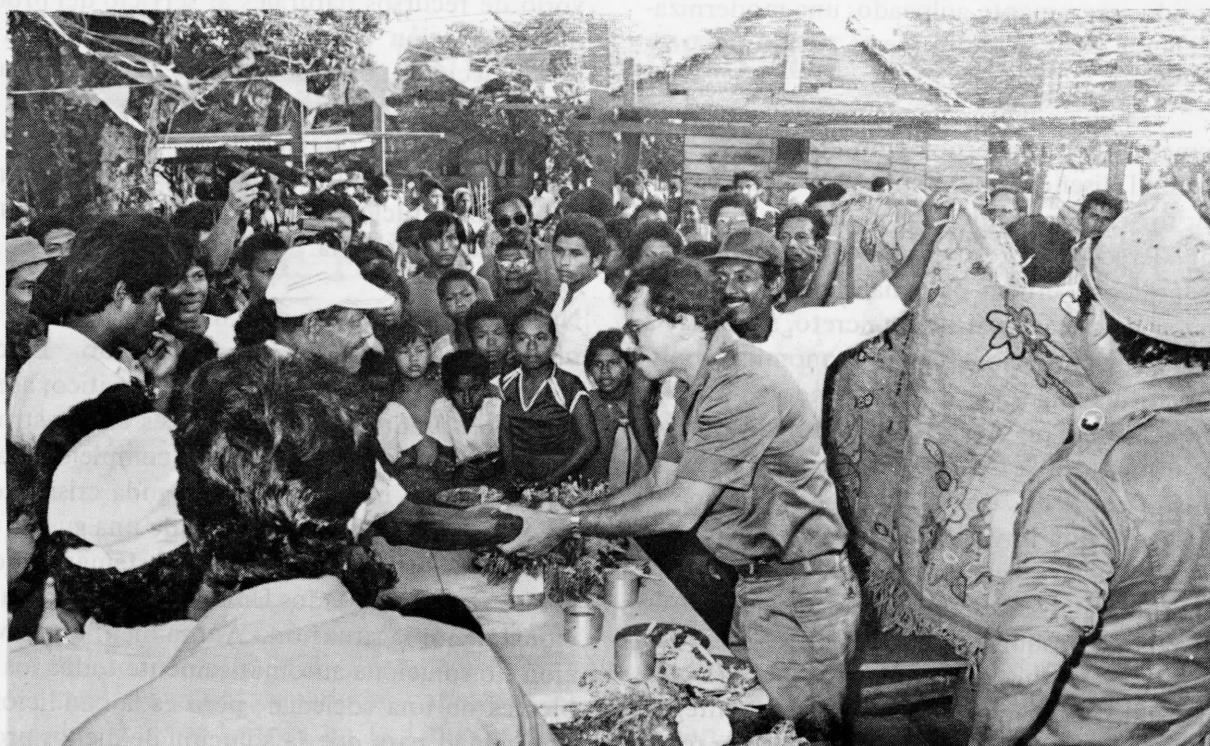
que el somocismo fue el modo concreto de estructurarse y conjugarse la dominación capitalista y la dominación imperialista en Nicaragua. La victoria popular significó en consecuencia la violenta y total destrucción del estado capitalista dependiente tal como se configuró históricamente a partir de las intervenciones armadas norteamericanas y la estrecha alianza entre el capital monopolista y la política exterior de Estados Unidos por un lado, y la familia Somoza, sus socios y allegados por el otro.

Por su parte, la ubicación de la lucha contra el somocismo como una etapa de un proceso más amplio y profundo de la lucha popular, determinó que la derrota de la dictadura fuera también la derrota de los proyectos de sustitución impulsados por la burguesía y el imperialismo. La estrategia sandinista permitía entrever por lo tanto que el triunfo popular no era el fin del proceso, sino que definía para éste una nueva y más ventajosa posición a partir de la cual proseguir, en un nuevo nivel, con mayor profundidad y desde una nueva correlación de fuerzas, el desarrollo ulterior de la revolución:

“... el 19 de julio no fue más que un momento conquistado en una estrategia mayor, no fue más que el arribo al poder, el arribo a una posición más favorable por parte del pueblo conducido por su vanguardia, el FSLN, para seguir luchando en un proceso duro y difícil. El triunfo sandinista del 19 de julio no significa concluir la Revolución; significa una mejor posición para seguir haciendo la Revolución. (...) La lucha que tenemos por delante es una lucha tan dura y también tan larga, como tan larga y dura fue la lucha por tomar el poder (...).” (4)

4. Democracia, transformación, incorporación.

El proceso de constitución popular de la nación en la revolución sandinista reconoce tres momentos o niveles específicos que pueden ser discernidos analíticamente, y que representan diferentes facetas del proceso de avance de la revolución. Muy esquemáticamente ellos son los siguientes:



Visita del Presidente Daniel Ortega a la Costa Atlántica

- a) el momento antidictatorial;
- b) el momento de la transformación estructural;
- c) el momento de la incorporación étnico-nacional.

No se trata de etapas independientes unas de otras; son dimensiones o momentos de un único y complejo proceso revolucionario que se desenvuelve en el marco de una aguda crisis económica internacional y de la gravitación fuerte de la guerra contrarrevolucionaria impulsada por el gobierno de los Estados Unidos. En su conjunto, contribuyen a identificar y a dar perfil propio al carácter profundamente democrático de la sociedad nueva —en su economía, su cultura, su sistema político. . . — que va surgiendo con el avance de la revolución. Pero al mismo tiempo cada uno de ellos tiene una especificidad propia, una eficacia particular, y por lo tanto pueden ser enfocados como analíticamente discernibles unos de otros. Aquí, sin embargo, vamos a examinarlos sólo de manera muy breve.

El que hemos denominado **momento antidictato-**

rial tiene relación con el proceso de constitución de la unidad de un amplio conjunto de clases, fracciones, grupos, estratos, en la lucha contra el régimen somocista. Se expresa fundamentalmente en la liquidación del estado dictatorial —en primer lugar, de la Guardia Nacional—, y en la progresiva constitución de nuevas instancias de democracia participativa y representativa en las que adquiere expresión el poder nacional-popular. La nación se presenta aquí como la amalgama del conjunto de clases sociales y fuerzas clasistas, en torno a la soberanía popular.

El momento de la **transformación estructural** se refiere a la necesidad de atacar y superar las bases materiales de la dictadura: la dependencia y el atraso. La creación del Area Propiedad del Pueblo, el proceso de reforma agraria, y en general las transformaciones en la estructura de propiedad y en las relaciones de producción, han impulsado un proceso de democratización amplia de la economía. Decenas de miles de campesinos han accedido a la propiedad de la tierra que trabajan de manera individual, familiar o cooperativa; el latifun-

dio ha sido severamente golpeado; una modernización general de la economía está siendo desarrollada.

El momento de la **incorporación étnico-nacional** se refiere al diseño de una estructura socio económica y un estado donde tengan cabida, en igualdad de derechos y responsabilidades, todos los grupos étnicos y étnico-nacionales que integran la población de Nicaragua. En concreto, se refiere a la creación de condiciones socio económicas, políticas, institucionales, y de toda índole, para la participación en pie de efectiva igualdad de los grupos étnicos de la Costa Atlántica. La articulación histórica de dos tipos de capitalismo en el territorio de lo que hoy es Nicaragua —un capitalismo de tipo enclave y predatorio en la Costa Atlántica, y un capitalismo con propiedad nacional de los medios de producción en el Pacífico y el Norte-Central—, crearon las condiciones para la marginación de la población costeña y para la integración de la región al estado somocista como reser-

torio de recursos naturales al servicio del proceso de valorización transnacional del capital. El impulso decidido otorgado por la revolución a un proyecto de régimen de autonomía para los grupos étnicos que pueblan la costa constituye la evidencia más clara de la voluntad de avanzar hacia la constitución de una unidad nacional multiétnica en Nicaragua.

No es ocioso señalar que ninguno de estos tres momentos o dimensiones está agotado. La creación de un régimen popular, democrático, asentado en profundas transformaciones en la estructura socioeconómica, es siempre complejo y largo. Tanto más en un contexto de aguda crisis económica internacional e interna, y de una guerra contrarrevolucionaria impulsada abiertamente por el gobierno de los Estados Unidos, que complica adicionalmente la situación. Ahora bien: una revolución no soluciona automáticamente todos los problemas de una sociedad; pero es la condición de posibilidad para que la solución de dichos problemas se alcance.

NOTAS

1. Cf. por ejemplo los vívidos testimonios de O. Cabezas, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982); M. Morales, "Sobre la reforma agraria en Nueva Segovia, Madriz, Estelí", en CIERA, *Testimonios sobre la reforma agraria* (Managua: CIERA, 1981).
2. Cf. por ejemplo Carlos Fonseca, *Bajo las banderas del sandinismo* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1981), pág. 315; también Instituto de Estudio del Sandinismo, *Pensamiento antimperialista en Nicaragua* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982).
3. Comandante Tomás Borge, Discurso pronunciado en el II Aniversario del 19 de julio. *Barricada*, 20 de julio de 1981.
4. Comandante Humberto Ortega, "Un sólo Ejército", en *Habla la Dirección de la Vanguardia* (Managua: Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN, 1981), pp. 79-80.